

Ni se la conocía antes del cristianismo, ni existe aún en los países donde no ha penetrado la luz del Evangelio. Es tan evidente que la caridad es el fruto de la sagrada Eucaristía, que no se la encuentra tampoco en las sociedades cristianas donde es poco conocido y venerado este adorable misterio.... Las sectas que han roto con la sagrada Eucaristía, ignoran las hazañas apostólicas, permanecen extrañas á los prodigios de la fe, de la abnegación, del sacrificio; y no comprenden á qué grado de heroísmo llega la caridad....»¹

14. Practiquemos, pues, carísimos hermanos, esa virtud que nos une con Dios y con nuestros semejantes en apretados lazos de amor puro, santo y generoso: esa virtud que, cual columna de oro adornada de riquísimos diamantes, sustenta el Tabernáculo del divino Sacramento; y llegaremos también nosotros á ser columnas vivas en el templo del Señor, conforme á la promesa hecha por Cristo á los gloriosos vencedores². Llegaremos, en fuerza de la misma virtud (la cual en sí contiene por modo eminente todas las otras virtudes), á cumplir perfectamente los deberes de la justicia, en su más lato y hermoso sentido, porque daremos á Dios el amor que le debemos, y al prójimo mucho más de aquello á que estrictamente estamos obligados. De esta suerte todas las virtudes, teologales y cardinales, sustentarán en nosotros el edificio eucarístico, viva imagen en la tierra del templo suntuoso de la gloria. Así sea.

¹ *Ratisbona*, Man. de las madres crist. c. 2.

² Apoc. 3, 12.

SERMÓN DÉCIMOSEXTO.

(predicado en la iglesia de la Veracruz, Bogotá, 1887).

La Eucaristía y la Encarnación: sus armonías.

Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis.

Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros.

Io. 1, 14.

1. No es la menor de las excelencias de la gloriosa Virgen María, ser ella sola quien puede sentir dignamente del adorable Sacramento de la Eucaristía. Porque así como no hay hombre, por más santo que sea, y aunque tuviera, como dice el autor de la *Imitación*¹, la pureza de los ángeles y la santidad del Bautista, que sea digno de recibir á Dios sacramentado, así no hay ninguno tampoco, por más iluminado que se halle con la luz del cielo, que alcance á pensar y sentir de tan alto misterio como la grandeza del mismo lo requiere. Institución divina es ésta, dice el mismo autor, no invención humana, y así no basta sutileza de entendimiento angélico para entenderla de algún modo². Sólo María, depositaria de la Sabiduría divina nueve meses en sus entrañas incontaminadas de virgen purísima, sería capaz de decirnos lo que encierra y contiene la maravilla de un Dios-hombre realmente presente debajo de viles accidentes de pan y vino. Y es, cristianos oyentes, porque median relaciones estrechísimas entre la Encarnación, de la que María fué parte tan principal, y la Eucaristía, á cuya participación somos llamados nosotros, aunque vilísimas criaturas. Es la Eucaristía, al decir de un agudo escritor, *vivísimo retablo de la Encarnación*³. Si pues

¹ Lib. IV, cap. 5.

² *Ibid.* cap. 4.

³ P. *Nieremberg*, Del aprecio y estima de la div. gracia.

la Santísima Virgen, por haber concurrido personalmente á la ejecución de esta obra divinísima, no pudo menos de entenderla hasta donde es posible á una criatura; ¿quién duda que ella sea la única capaz de penetrar en el abismo de las excelencias que contiene la sacrosanta Eucaristía? ¡Oh! ¡cuáles serían los sentimientos de la Virgen Madre durante aquellos dichosos nueve meses de la gestación del Verbo encarnado en sus purísimas entrañas! ¡Qué pensaba María de este arcano profundísimo de la Sabiduría infinita! ¡Qué, de la Divinidad que llevaba en su seno, como otra Arca animada del Nuevo Testamento! ¡Qué, del sublime abatimiento de la Majestad de un Dios encerrado en el estrecho albergue del claustro maternal! No podría menos de abismarse cada momento más y más en aquel piélagos de grandezas soberanas, exclamando en un éxtasis continuo: *Magnificat anima mea Dominum*. Pues rastread por aquí lo que debió sentir la misma devotísima Señora, si, como piensan, no sin fundamento, respetables Doctores de la Iglesia, recibió muchas veces después de la Ascensión de Cristo el cuerpo sacramentado de su Hijo. Rastread, amados oyentes, lo que siente y piensa ahora mismo, gloriosa en el cielo, respecto al augusto Sacramento de la Eucaristía de que gozamos nosotros en la tierra. Porque, en verdad, ¿dónde mejor que en la luz de la visión beatífica con que ve á Dios cara á cara, descubrirá María los arcanos de sabiduría y bondad encerrados en esta admirable institución?

2. Pero volvamos al tiempo en que llevaba á Dios en forma de infante recién formado, en la litera de oro de su seno virginal. ¿No era aquello disfrutar, por secreta y maravillosa manera, de una perenne comunión

con Cristo? Traía dentro de sí, hecho uno consigo en unidad de vida física, á Aquél que dijo: *Yo soy el pan vivo*¹; y, si María le alimentaba con la sustancia de su sangre, era á la vez alimentada por él con la sustancia de su espíritu, bien así como cuando Simeón, el santo anciano, llevaba en sus brazos al Niño, y era llevado y regido por el mismo Niño, como considera San Agustín². Y al tiempo que se cumplían en ella estos misterios, María representaba á la Iglesia, Esposa de Jesús, y, en cierta manera, Madre de Él por la posesión de su cuerpo y sangre engendrado diariamente en el altar. Á nadie como á la Iglesia convienen aquellas palabras del Salvador: *El que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano y hermana y madre*³. He aquí, pues, la Encarnación verificada en el vientre de María y renovada místicamente en el seno de la ennoblecida humanidad. Por este hermoso aspecto vamos á contemplar, amados fieles, el Sacramento que es hoy objeto de nuestros devotos homenajes. Vamos á admirar las singulares analogías que existen entre los dos misterios: 1º en su preparación, 2º en su ejecución, 3º en sus resultados inmediatos. Imploramos, etc. *Ave María*.

I.

3. Los grandes hechos no se cumplen sin preparación. Pues, ¿qué diremos de las obras de la diestra del Señor? Entra en los planes de su Providencia sapientísima disponer suave y eficazmente las causas remotas y próximas de los efectos que por ellas quiere ejecutar su omnipotente mano, mayormente en el orden sobre-

¹ Io. 6, 51.² Eccl. in offic. Purif. B. M. V.³ Matth. 12, 50.

natural, donde aquélla se muestra más admirable. De aquí procede la preparación remota y próxima de los grandes acontecimientos de la historia. El Mesías fué durante cuarenta siglos *la expectación de todas las naciones*¹. Y esta universal expectativa fué como la preparación lejana del misterioso advenimiento del Hijo de Dios á la tierra. Preparación especial, aunque todavía distante del suceso, fué la existencia providencial de un pueblo, escogido entre todos los que habitaban la tierra en los tiempos de Abrahán, y destinado á mantener siempre viva en el género humano la esperanza de la venida del Salvador, y, llegada la plenitud de los tiempos, á concurrir á darle cima y servirle de precursor y testigo. Fundamento de esta expectación y esperanza fueron las promesas del mismo Dios, que, arrancando del mismo paraíso, continúan por Abrahán y los patriarcas, repítense periódicamente por la voz de los profetas, á través de la historia del privilegiado pueblo de Jacob, hasta terminar en Malaquías y Zacarías, después de la restauración del templo Salomónico, ó, mejor dicho, hasta expirar en la boca de Juan, decapitado por dar testimonio de la luz en el desierto de una nación degenerada². Á las profecías, prenuncios terminantes de la venida de Cristo, acreditados con el cumplimiento de otros vaticinios secundarios, acompañan las figuras, profecías mudas, profecías de acción no menos ciertas ni menos brillantes, y, al parecer, más adecuadas á la capacidad de unas gentes que tienen por guía los sentidos. En ellas, como en un magnífico lienzo, se dibujan junto con el acontecimiento secular de la Encarnación del Verbo de Dios, todas las circunstancias de que irá re-

¹ Gen. 49, 10.² Io. 1, 7.

vestida su aparición, así de lugar y tiempo como del modo prodigioso con que habrá de verificarse para que su luz se difunda hasta los últimos confines de la tierra por entre el mar de tinieblas en que yace el universo¹. En ese cuadro se destaca al lado de Jesús, Reparador del linaje humano, la pura y resplandeciente figura de la Virgen María, su Madre². ¡Confusión para los que se atreven á desconocerla!

4. ¿Y no tendrá también preparación profética la Eucaristía? y ¿no habrá sido prefigurada desde los tiempos más lejanos? y ¿no la habrá precedido universal y gozosa expectación? Sin duda, hermanos míos; y, aunque entre sombras impenetrables al común de los hombres, porque no era posible fuese de otro modo, el misterio de esta celestial comida fué vislumbrado por los profetas, designado manifestamente en muchas figuras bíblicas y, de consiguiente, esperado con vivas ansias por las almas justas, aunque confundándose su expectación con la misma del Mesías Redentor. En efecto, bastaría recordar, dejando muchas otras, las proféticas palabras de Isaías: *Sacaréis gozosos el agua de las fuentes del Salvador*³, siendo este Sacramento, entre todos, la fuente más gloriosa y abundante, por tener dentro de sí al mismo Salvador, que es fuente de la luz y de todas las aguas vivas de la gracia⁴. Y en el mismo sentido profético dijo Zacarías: *En aquel día habrá una fuente pública en la casa de Jacob para los habitantes de Ferusalén, en la cual se lavarán los pecadores manchados*⁵. Esta fuente de ablución general no es otra

¹ Is. 49, 6. Luc. 1, 79.² Bulla dogm. Pii Pap. IX.³ Is. 12, 3.⁴ *La Puente*, tr. 4 del SS. Sacram.⁵ Zach. 13, 1.

que la de la divina sangre derramada en la cruz y guardada en el vaso de la sagrada Eucaristía para ser la panacea de todos nuestros males. ¿Qué diremos de la clarísima visión de Malaquías, con que vió la grandeza del nombre de Dios en medio de las naciones ya convertidas á la verdadera religión, y, como testimonio de aquélla, *la oblación inmaculada ofrecida á su Majestad* desde el oriente hasta el ocaso en todos los puntos de la tierra¹? ¿Qué, de las muchas alusiones proféticas de David en sus Salmos, de los que con razón se ha valido la Iglesia católica para formar ese admirable concierto de alabanzas que resuena en la solemnidad del Santísimo Sacramento? La exposición de estas profecías sería, por sí sola, abundante materia de un discurso, y aun de muchos, en loor de la Eucaristía; pero bastará citar aquélla del Salmo ciento diez, tan conocida por lo mismo que es tan evidente: *Miserator et misericors Dominus*, etc. El Señor misericordioso y hacedor de misericordias, queriendo señalarse en ellas, hizo memoria y resumen de sus maravillas, dándose en manjar á los que le temen². Porque verdaderamente fueron ellas tantas y tan admirables, como discurre un piadoso autor, que deslumbraron á los que se tenían por sabios, y no han querido admitirlas los hijos de la soberbia... aunque en esto mismo descubren su ignorancia, *blasfemando*, como dice el Apóstol³, *de lo que ignoran...*⁴

5. Mas, para decir algo de las figuras más notables de este Sacramento trazadas en la Ley antigua, supuesto que, como asegura el Doctor Angélico, *In figuris præ-*

¹ Mal. 1, 11.

² Ps. 110, 4. 5.

³ Iud. v. 10.

⁴ *La Puente* l. c.

signatur, recordemos las tres que el mismo Santo nos pone á la vista, la inmolación de Isaac, el Cordero pascual, el Maná llovido del cielo¹. ¡Qué figuras tan expresivas y tan bellas! En la primera se nos representa al vivo el incruento Sacrificio, en la postrera, el Sacramento; en la segunda, uno y otro reunidos en la sagrada Mesa de la Eucaristía. Abrahán está ya á punto de descargar el golpe de gracia sobre la desnuda cerviz de la inocente y resignada víctima, cuando el ángel mensajero de la justicia y de la misericordia declara que es bastante la obediencia y la resignación para satisfacer á la Majestad soberana. Isaac sobrevive á su propia inmolación, pero ésta no deja de ser real, aunque incruenta y sólo consumada en el corazón del patriarca. No faltarán, sin embargo, las apariencias y como especies del sacrificio sangriento, quedando en el Horeb realmente consumido por el fuego el macho cabrío allí aparejado por la Providencia. ¡Cómo se traslucen en esta figura los caracteres principales del grande y eterno sacrificio del verdadero Abrahán, del Padre de todos los creyentes, Jesucristo, autor y consumidor de nuestra fe²! Por lo que hace al Maná del desierto, Jesucristo mismo nos descubre su significado, diciendo: *Vuestros padres se alimentaron del Maná, y no obstante murieron: el que come del pan vivo, que soy yo, vivirá eternamente*³. Y el Apóstol San Pablo no menos claramente nos enseña que el Maná y el agua milagrosa brotada de la piedra no eran más que figuras de Cristo: *Nuestros padres, dice, todos comieron y bebieron de la misma comida y bebida espiritual; y bebían de la piedra*

¹ In festo SS. Sacram.

² Hebr. 12, 2.

³ Io. 6, 59.

que los iba siguiendo, y esta piedra era Cristo¹. Sobre las cuales palabras dice un autor: «Ellos comieron el maná; nosotros, el pan vivo que representaba. Ellos bebían el agua de la piedra; nosotros, la sangre de la piedra viva que era figurada por ella.»² De ahí es que las maravillas que acompañaron á la caída de aquel manjar celestial y á su distribución y uso por los israelitas, figuraban también en algún modo los milagros estupendos obrados por la omnipotencia del Señor en este divino Sacramento, para alimentar espiritualmente y regalar al pueblo cristiano. No nos detendremos á considerar la figura del Cordero pascual, cuya comida quiso el mismo Cristo que precediese inmediatamente á la institución del banquete de su cuerpo y sangre, para darnos á entender cómo era tipo acabado de este divino Sacramento: *Post agnum typicum, expletis epulis*, etc.³ Era, en efecto, aquel cordero asado al fuego y despedazado sin romperle los huesos, figura expresiva del cuerpo adorable del Salvador, consumido en la cruz y en el altar por el fuego del amor, distribuido entre los millones de fieles que de él se alimentan, pero conservando siempre la integridad de su ser, dándose todo á todos en precio de salud, y en alimento. Pero vengamos ya á la preparación inmediata.

6. Uno y otro misterio nos la ofrecen revestida de singular semejanza. Á la Encarnación del Verbo precede inmediatamente la misión del arcángel Gabriel á María con mensaje del mismo Dios: *Missus est angelus Gabriel a Deo*⁴; precede la exposición de esta embajada á la humilde virgen con las palabras más reverentes y

¹ I Cor. II, 3. 4.

² *La Puente* l. c. cap. I.

³ Eccl. in offic. SS. Sacram.

⁴ Luc. I, 26.

halagüeñas, y la respuesta de la doncella prudentísima, seguida de la declaración tranquilizadora del celestial mensajero: *Ne timeas, Maria...*¹; precede, finalmente, la terminación del misterioso coloquio con la aceptación por parte de María, y completa sumisión de la criatura á la palabra del Criador: *Ecce ancilla Domini, fiat...*² Esto hecho, el ángel se retira, y el Espíritu Santo desciende para efectuar la obra por antonomasia de la diestra del Altísimo. Á la institución eucarística permite Jesucristo la formal promesa contenida en el capítulo sexto de San Juan: *El pan que yo os daré, es mi carne para dar vida al mundo*³. Para esto recuerda su misión divina, que no es otra cosa que su misma Encarnación: *Como me envió el Padre vivo, y yo vivo por mi Padre*⁴; y expone en términos clarísimos la naturaleza del don, asegurando que dará á comer su carne y á beber su sangre; á pesar de parecer esto imposible. ¿Cómo puede éste darnos á comer su carne?⁵ Y, mientras que los espíritus apocados se obstinan en su incredulidad y se retiran del lado de Cristo, los discípulos fieles, ateniéndose á la promesa de Aquél que, siendo el Hijo de Dios, tiene palabras de vida eterna⁶, esperan gozosos el cumplimiento de la dádiva celestial. Notad, amados fieles, que en uno y otro misterio la disposición inmediata debía ser un espíritu de fe absoluta en la omnipotencia de Dios, creyéndole capaz de obrar las más inauditas y estupendas maravillas, como quiera que *no hay cosa imposible para Dios*⁷. Por esto el ángel pronunció esta sentencia solemne al anunciar á María que había de

¹ Luc. I, 30.

² Luc. I, 38.

³ Io. 6, 52.

⁴ Io. 6, 58. *S. Cyrill.*, lib. 4, cap. 18 in Io.

⁵ Io. 6, 53.

⁶ *Ibid.* v. 69.

⁷ Luc. I, 37.

concebir y dar á luz un hijo sin lesión de su virginidad: y por esto también Jesucristo, antes de proponer el augusto misterio de la manducación real de su cuerpo vivo, fortalece los ánimos de los que le escuchan con la fe de su divinidad, diciéndoles: *Yo soy el pan vivo que bajé del cielo... nadie puede venir á mí, si el Padre que me envió no lo trajere... todo el que oyó y aprendió de mi Padre esta verdad, viene á mí*¹. Y con el mismo designio el Evangelista San Juan, habiendo de anunciar tan sorprendente misterio, previene los ánimos de los incrédulos con la afirmación de la omnipotencia de Cristo, diciendo: *En sus manos puso el Padre todas las cosas*², dejando con esto cerrada la puerta á la vanas argucias de la pobre razón desorientada. Argumento de credibilidad para la Encarnación fué el hecho milagroso y sobrenatural de la concepción del hijo de la estéril, obra exclusiva del poder divino; y argumento para hacer creíble la institución eucarística, fué también la milagrosa multiplicación de los panes, no menos sobrenatural que la caída del Maná en el desierto.

7. Consideremos, en fin, la disposición próxima de la Santísima Virgen para ser hecha madre del Verbo, la que puede llamarse preparación última del gran misterio. Y ¿cuáles fueron las disposiciones del cuerpo y alma de María, sino la santidad en sumo grado, y el poder sobrenatural que le fué conferido para concurrir con acto propio y personal y altamente meritorio á la nueva generación del Unigénito de Dios en forma de siervo?³ Para este objeto hubo de ser María protegida

¹ Io. 6, 41. 44. 45.

² Io. 13, 3.

³ Nova per carnem natiuitas... (Eccl. in offic. Nat.).

por la augusta sombra del Espíritu Santo y asistida de la virtud del Altísimo, conforme lo previno Gabriel¹; y de ahí que el fruto de sus entrañas fuese el *Santo*, el Hijo de Dios, no un hombre solamente. También para dar Jesucristo á su Iglesia congregada en el Cenáculo su cuerpo y sangre, hubo de purificarla con el lavatorio misterioso de los pies, después del cual quedó limpia hasta del polvo de la culpa²; y, así purificada por la gracia, otorgóle no sólo la participación del Sacramento, sino también la potestad de efectuarlo con autoridad suya cuantas veces quisiere hasta la consumación de los siglos: *Esto haréis en memoria mía*³. Diósele, pues, á la Iglesia el poder divino de hacer aparecer á Cristo, Dios y hombre, en el altar bajo las especies sacramentales. Y, como para sellar divinamente su obra, en ese mismo Cenáculo desciende sobre la Iglesia el Espíritu Santo, para que con la virtud de lo alto pueda lo que sin ella sería imposible. Pero pasemos ya á contemplar, llenos de asombro, las no menos singulares analogías de los dos misterios en su ejecución.

II.

8. Desde luego sorprende aquella pasmosa rapidez con que se verifican, tan característica de las obras inmediatas del Todopoderoso, de Aquél cuyo querer es hacer⁴. En menos tiempo que se pronuncia un *fiat* hace Dios la luz, hácese Dios hombre, el Hombre-Dios aparece en el altar. *Accedit verbum ad elementum*, dice el profundo Agustino, *et fit sacramentum*⁵. Una palabra

¹ Luc. 1, 35.

² Io. 13, 10.

³ Luc. 22, 19.

⁴ Ipse dixit, et facta sunt (Ps. 32, 9).

⁵ In Io. tr. 80, n. 3.